

Hacia una nueva cultura del trabajo

La escasez de trabajo, la sensación de inseguridad en el mismo, y la dificultad cada vez mayor de nuestras sociedades de crear nuevos empleos, no es hoy un problema nacional, ni siquiera europeo. Es un problema global cuya definición, alcance y control, aparecen cada día más imprecisos y preocupantes, suscitando cada vez más reproches de quienes sufren las dramáticas consecuencias de esa sorprendente incapacidad de gestión social, frente a la que los candidatos al desempleo se preguntan, muchas veces desde la propia Universidad, si no sería necesario, al menos para percibir con mayor claridad esta situación de ineficacia y de despilfarro social, partir de otros supuestos, aventurar nuevos horizontes, o utilizar otras perspectivas.

Por ello quiero, al iniciar mi exposición, recordar algo que normalmente olvidamos. Y es que el espectacular cambio que en los últimos tiempos se ha producido en la mayoría de los parámetros que informan nuestra actividad humana, no ha sido acompañado de un paralelo cambio en las normas y en la ética que los regulan. Como consecuencia de lo cual, el trabajo, componente

**JOSÉ ÁNGEL
SÁNCHEZ
ASIAÍN***

«Jacques Santer declaraba que el desempleo contabilizado en Europa superaba los 18 millones de personas.»Y esta situación, precisaba, no puede mantenerse por más tiempo, porque la coherencia de nuestro modelo de sociedad está en peligro».»

*Presidente de la Fundación BBV. Catedrático de Hacienda Pública.

material y cultural en la producción de riqueza y en su distribución, está sufriendo notablemente este desfase, acumulando desde la Revolución Industrial importantes inadecuaciones y convirtiéndose, desde su tradicional conceptualización, en un bien particularmente escaso.

Lo que está planteando problemas de redefinición del trabajo, estructurales por un lado y éticos por otro. Problemas que difícilmente, pienso, podrán ser solucionados, o incluso correctamente planeados, sin alterar significativamente los ejes tradicionales de referencia. Y lo que pretendo, y lo que quisiera conseguir hoy con esta intervención, no es otra cosa que incitar a todos a reflexionar desde una nueva opción intelectual. Desde el intento transdisciplinar de situar la problemática laboral dentro de nuevas coordenadas, más conformes con la realidad en que vivimos, y con los retos a los que nos enfrentamos.

El día primero de abril de este año de 1996, Jacques Santer, Presidente de la Comisión Europea, declaraba en la ciudad francesa de Lille que el desempleo contabilizado Europa superaba los 18 millones de personas. "Y esta situación, precisaba, no puede mantenerse por más tiempo, porque la coherencia de nuestro modelo de sociedad está en peligro".

A partir de esta elemental pero dramática reflexión, la Comunidad Europea establecía un calendario muy preciso de urgentes debates sobre el empleo. El día 3 de este mes de junio se reunían a esos efectos los Ministros Económicos y de Asuntos Sociales. Y hoy, día 21, el Consejo Europeo está reunido en Florencia. En diciembre, lo hará de nuevo en Dublín. El objetivo, tratar de conseguir compromisos "cruzados" entre todos los estados participantes. Porque, según el Presidente de la Comisión Europea, "el problema del paro nos abruma desde hace ya demasiado tiempo, y sólo la aceptación de responsabilidades por parte de todos podrá poner fin a sus efectos desestabilizadores".

Y si me detengo especialmente en estas declaraciones, es porque sirven bastante bien para ilustrar algunas de las incertidumbres, y de las contradicciones, más en boga sobre el problema del empleo.

«Hay que ir convenciendo, poco a poco, a la opinión pública de que la flexibilización se impone como política más accesible e inmediata a nuestros males actuales»



Decía Santer, y lo decía muy solemnemente, que "necesitamos una flexibilización cada vez mayor, y que los modelos para conseguirla son diversos, aunque algunos no sean especialmente adecuados para la creación de empleo, o para la prevención del paro . Lo cual, según palabras textuales del Presidente de la Comisión Europea, significa que "esta flexibilización no podrá obtenerse únicamente a través de la desregulación, y que habrá que modificar nuestro marco jurídico, e incluso el marco institucional".

«El pleno empleo que se logró en los años 50 y 60, no ha tenido otro momento igual en los últimos 250 años. »

Parece que en estos mensajes, junto a la preocupación por poner algún límite a las altas cotas de desempleo, se refleja, aunque expresada de forma más sutil, otra intención. La de cómo ir convenciendo, poco a poco, a la opinión pública de que la flexibilización se impone como política más accesible e inmediata a nuestros males actuales. Lo que, por otra parte, no es nuevo para la Comisión Europea, que ya había tenido ocasión de escuchar esta eufemísticas declaraciones sobre el despido libre, de boca de sus colegas estadounidenses, en Detroit, en enero de 1994.

Mientras tanto, el desempleo en los países avanzados alcanza ya en estos momentos el nivel más alto desde la gran depresión de los años treinta. El número de personas sin trabajo, o sin empleo, aumenta progresivamente. Lo mismo ocurre con el índice de precariedad, cada día mayor para aquellos que consiguen un nuevo empleo. Y el informe de la Organización Internacional del Trabajo sobre el empleo en el mundo, en su última actualización, de marzo de este año, señala que las perspectivas del crecimiento del empleo siguen siendo sombrías, y que la actual situación "representa un enorme despilfarro de recursos, y un nivel de sufrimiento humano inaceptable".

No olvidemos, para tener en cuenta todos los matices del problema, que hasta 1993, fecha en que finalmente se publica el Libro Blanco sobre la Productividad y Empleo, y pese a la época de abierto europeísmo que se había iniciado en 1980, los estados miembros de la Unión habían tratado insistentemente de resolver "en solitario" sus problemas de empleo. Y son muchos los que piensan que 1993 fue ya demasiado tarde para enfrentarse conjuntamente a un problema que había comenzado a agravarse veinte años atrás, al iniciarse la crisis del petróleo.

Añadamos que la obsesión keynesiana del pleno empleo tampoco ha contribuido a conseguir un enfoque razonable de esta cuestión. Porque el pleno empleo que se logró en los años 50 y 60, no ha tenido otro momento igual en los últimos 250 años. Y las consecuencias a largo plazo, y las facturas que hoy todavía no hemos pagado por alcanzar aquellos niveles de empleo total, o al menos por alcanzarlos de la manera que se hizo, nos deberían preocupar a la hora de implementar nuevas iniciativas.

Es posible que Robert Skidelsky exagere un poco cuando dice que "la cuadratura del círculo la consiguieron aquellos economistas que explicaron a Kennedy y a Johnson que una expansión de la demanda global por medio de déficit presupuestarios incrementaría el nivel de crecimiento de la economía norteamericana, lo suficiente como para pagar cañones y mantequilla". Pero lo cierto, es que esta idea, recogida en el continente europeo, convirtió el crecimiento de los años 60 en el nuevo evangelio económico occidental..., y conviene no olvidar que el "índice de miseria" empezaría poco más tarde a insinuarse con la inflación subsiguiente, para terminar asentándose en el paro, aunque es cierto también que en este proceso intervinieron otras variables inicialmente imprevisibles.

Mucho más reciente, aunque en sentido contrario a las convicciones proclamadas por los epígonos de Samuelson, ha sido la terrible obsesión, a partir de 1991, por el "adelgazamiento de las plantillas" de las empresas americanas, para hacer frente a la dura competitividad, y cuya "justificación intelectual" se apoyaba en doctrina desarrollada por Stephen Roach, antiguo economista de la Reserva Federal, y hoy distinguido experto de la banca de inversiones americana. Política reduccionista acogida, y calurosamente promocionada como la novedad clave del éxito por muchas Escuelas de Negocios de todo el mundo.

Sin embargo, cinco años después, a finales de mayo de este año, Roach declaró que se había excedido en sus recomendaciones. "Me he equivocado, dijo. Si se compite recortando, no. Lo siento". Pero el mal estaba ya hecho. Lo que nadie ha aclarado es quién iba a pagar las consecuencias de ese error, los dramas sociales que había ocasionado. Lo que no ha aclarado es quién va a pagar las facturas, no sólo económicas, sino fundamentalmente humanas, de millones de empleos destruidos.

En el Informe enviado por la Organización Internacional del Trabajo a la Conferencia de Lille del pasado Abril, se especifica que el doble reto al que nos enfrentamos es, por un lado, acelerar el crecimiento de la demanda de trabajo, sin provocar una vuelta a la inflación y al desfase macroeconómico, y por otro, conseguir la reinserción de los parados y de los socialmente excluidos.

Pero lo que no dice el Informe es que uno de los argumentos previos que subyace bajo esta problemática del empleo, es el enorme riesgo de una distorsión del propio sentido y significación del trabajo, en su "función de cohesión y paz social".

Y frente a este grave peligro, difícil de percibir desde ópticas tradicionales, los enfoques de las medidas que habitualmente se

«Roach declaró que se había excedido en sus recomendaciones."Me he equivocado, dijo. Si se compite recortando, no. Lo siento". Pero el mal estaba ya hecho. »



toman se inscriben casi siempre en el corto plazo. De una parte, para conservar a cualquier precio la estabilidad de los empleos actuales. De otra, para sugerir imperativos de flexibilización, más o menos encubierta, de una actividad, como el trabajo, cada vez menos implicada en los procesos de producción de riqueza.

Es claro que las consecuencias de la creciente escasez de puestos de trabajo son, por un lado, imprevisibles y, por otro, preocupantes. Y es claro que, por ello, hay que aplicar remedios para evitar el deterioro constante del empleo. Pero tan importante es defender los actuales puestos de trabajo, proteger los logros conseguidos por los trabajadores en nuestra sociedad, como intentar percibir con suficiente responsabilidad las consecuencias de una falta de "esperanza de trabajo" para quienes todavía no han conocido su primer empleo. Y es especialmente importante asegurarnos que existe suficiente información y reflexión, como para acertar en la solución de los retos y de los compromisos que el trabajo nos tiene planteados.

No es mi intención, no puede serlo, como es lógico, abordar aquí todos estos problemas, y menos aún proponer nuevas orientaciones éticas desde las que valorar el futuro del trabajo, o las consecuencias no deseadas que algunas soluciones precipitadas puedan estar suponiendo para nuestras sociedades futuras.

En primer lugar, porque la urgencia del problema se me aparece como enemigo de las urgencias. Y en segundo lugar, porque estoy convencido de que su solución no depende de pretendidos impulsos de genialidad individual, ni de intuiciones deslumbrantes. Porque creo que, frente al crecimiento exponencial de las variables a considerar para la solución de cualquiera de los problemas que sobre el trabajo nos preocupan, no tenemos otra opción "que integrar", transdisciplinaridad, a "todos" los protagonismos, y a "todos" los agentes que participan en sus planteamientos y en sus consecuencias, para que lo hagan también en sus desarrollos y en la búsqueda de soluciones.

Sólo pretendo por ello, como decía antes, describir a mi manera lo que está pasando, y desgranar algunas sugerencias, algunas reflexiones, que nos ayuden a comprender hasta qué punto necesitamos modificar el concepto y el sentido del trabajo, y su significación social. Que nos permitan darnos cuenta de hasta dónde puede ser necesario modificar nuestros tradicionales puntos de vista, y adoptar nuevas lentes con las que percibir con mayor propiedad lo que realmente está pasando a nuestro derredor. Y lo que puede pasar si no alcanzamos a percibir con más claridad la evolución de la cultura del trabajo, y sus condiciones de compatibilidad con los entornos altamente modificados de supervivencia de nuestras sociedades futuras.

«Uno de los argumentos previos que subyace bajo esta problemática del empleo, es el enorme riesgo de una distorsión del propio sentido y significación del trabajo, en su "función de cohesión y paz social".»



Porque fracasado, al menos en su mayor parte, el experimento de la sociedad planificada, que pretendía procurar dignidad y trabajo a todos los seres humanos. Fracasados también en gran parte los diferentes intentos de ingeniería social y económica, tendentes a controlar los recalentamientos, más o menos periódicos, de nuestras sociedades..., el advenimiento de las llamadas nuevas tecnologías vuelve a recordarnos que las estructuras del trabajo apenas han evolucionado desde que Adam Smith escribiera en 1776 su Riqueza de las Naciones.

Y sin embargo, su significado, y la conciencia de su transcendentalidad, se han deteriorado dramáticamente desde entonces.

En todo caso, parece que sólo estamos en los albores de la revolución tecnológica. Una revolución cuya característica no es tanto el paso de las ruidosas y gigantescas instalaciones industriales a la pulcritud y silencio de los ordenadores, o a la diabólica e infatigable destreza de los robots, sino el "enorme desfase" entre los medios y los fines en el proceso de relación de riqueza.

Porque si en la Revolución industrial se utilizó la liturgia suicida de las minas de carbón, en las fiestas tecnológicas los instrumentos musicales no tiene asignados músicos ni melodías. Se crean herramientas sin haber determinado previamente su destino. Se dispone de medios sin conocer aún los fines. Y se tiene continuamente la impresión de que estamos viviendo en una "sociedad del despilfarro", condicionada por la "abundancia" de medios. . . y por la "escasez" de trabajo.

En una sociedad en la que el creciente protagonismo de las altas tecnologías está contribuyendo a aumentar nuestra capacidad para "renegociar" el pago de las facturas sociales que nuestra propia voracidad genera. Y donde una de nuestras grandes ingenuidades es posible que sea la de creer que nadie es responsable, ni individual, ni colectivamente, de hacer frente algún día a estas facturas.

Se argumenta con frecuencia por los defensores del progreso a ultranza, que la tentación de culpar a la ciencia y a la tecnología de haber generado la mayoría de los problemas de falta de empleo, puede ser debida a la permanente necesidad de encontrar un chivo expiatorio para aquello que difícilmente podemos explicar de otra manera. Y que las tecnologías destruyen empleos, pero a su vez generan otros nuevos. Aunque todavía no esté claro hasta dónde podrá ser posible lograr en el futuro un cierto equilibrio.

« Sólo estamos en los albores de la revolución tecnológica. Una revolución cuya característica no es tanto el paso de las ruidosas y gigantescas instalaciones industriales a la pulcritud y silencio de los ordenadores, o a la diabólica e infatigable destreza de los robots, sino el "enorme desfase" entre los medios y los fines en el proceso de relación de riqueza.. »



Tuve en los últimos años el privilegio de poder oír reflexionar, en varias ocasiones, a Alistair Crombie, el gran historiador de la ciencia, quien pocos meses antes de su reciente muerte nos decía que “deberíamos estar agradecidos por las ventajas que nos proporciona la tecnología”. Pero matizaba sus afirmaciones, señalando que no deberíamos caer en un exceso de optimismo a este respecto y que, sobre todo, no deberíamos nunca permitir que la ciencia y la tecnología ejerzan un control monolítico sobre nuestras vidas y sobre nuestros sentimientos. Porque tan importante es comprender lo que es, y lo que no es, la ciencia, decía, como resistir las agresiones del poder tecnológico”.

«En nuestros sistemas de producción de riqueza, ya no existe prácticamente una relación directa entre las cantidades y calidad de la riqueza producida, y la participación del trabajo humano en ese proceso.»



La ciencia, repetía siempre que tuve ocasión de escucharle, es un "modelo falso para la vida social y moral". Y esto ha sido muy bien comprendido por los científicos y filósofos, que conocen la naturaleza de las interrogantes científicas y su explicación. No por todos, sin embargo. Porque, como le gustaba recordar, "esto no ha sido comprendido por algunos economistas, demasiado hipnotizados por los modelos matemáticos, que no incluyen al ser humano como individuo".

Crombie se refería sin duda a aquellos economistas excesivamente teóricos y excesivamente influyentes sobre algunos sufridos gobernantes, obligados a tomar decisiones siempre urgentes. A los epígonos, generalmente mediocres, que como los partidarios americanos de la Economía de la Oferta, generaron el mayor déficit público de la historia de la Humanidad. Porque pienso que los buenos economistas han sido siempre conscientes de las limitaciones de sus teorías y raramente, por desgracia, influyen en los políticos.

Coincido en todo caso con Crombie, que en el mundo de las nuevas tecnologías, necesitamos una nueva filosofía del trabajo y de los salarios, que sea capaz de orientar los avances tecnológicos antes que depender de ellos, provocando el escándalo del desempleo, con sus implicaciones de rechazo social.

Porque ni los economistas de la colectivización, ni los partidarios del libre mercado, disponen, como se ha demostrado, de una varita mágica para controlar los recalentamientos de sus respectivos sistemas. Y como los cirujanos del medioevo, las más de las veces sus conclusiones suelen reducirse a recomendar sangrías, más o menos cruentas, en la corriente monetaria, o en el nivel de vida de los ciudadanos, según las circunstancias.

En el clima de urgencias tecnológicas en que aparentemente vivimos, siguen siendo muy débiles los intentos de reflexionar en profundidad sobre la reconceptualización del trabajo. Y sin embargo, cada día parece más evidente que no podemos subordinar nuestro comportamiento general a la obsesión de producir más y mejor, a cualquier precio social.

He dicho, en diversas ocasiones, que la solución para hacer frente al reto que plantea la tecnología es la innovación y la educación permanente adaptada a las nuevas necesidades tecnológicas. Que el secreto está en saber convertir los avances científicos en éxitos industriales. Y que las instituciones tradicionales, y muy particularmente la Universidad, deberán reciclarse también, para que los nuevos conocimientos no se estanquen.

Y esto es cierto, desde una óptica meramente tecnológica, y dentro de su propio contexto. Pero también es cierto que la función capital de las nuevas tecnologías no consiste en recrear el paraíso terrenal, sino en paliar, muchas veces a un enorme costo, las grandes dificultades de supervivencia del futuro. Y lo es que la fiebre de la innovación, cuando aparece huérfana de una suficiente y ponderada reflexión, conduce únicamente a la creación de herramientas, sin haber determinado previamente su destino.

Sigo creyendo, por ello, que antes de tomar nuevas iniciativas, necesitamos, previamente, y sin dilación, redefinir los actuales parámetros que integran la función humana de esa relación social, que hasta ahora conocemos con el nombre de empleo o puesto de trabajo. Y este es nuestro gran reto.

Porque frente a la aparición de un desempleo crónico cada vez más acentuado, sólo estamos argumentando que en el largo plazo se producirá el necesario ajuste laboral, como aparentemente parece que ocurrió en la etapa industrial. Pero esto "podría no ser verdad". Y las consecuencias de que no lo fuera, aunque impredecibles como cualquier recuerdo del futuro, podemos deducirlas de lo que está ocurriendo a nuestro alrededor.

Como en el hecho, entre otros, de que en la llamada Era de la información y el conocimiento, las grandes Empresas se esfuercen en recordarnos cada día su imparable competitividad, la capacidad de incrementar sus beneficios, y de afrontar el futuro cada vez con mayor confianza. Se nos dice que las empresas no preparadas, o aquellas que no han comprendido el progreso, están llamadas a desaparecer. Algo así como una proposición de eugenesia empresarial para hacer frente con éxito al futuro.

«Una economía que se permite fabricar al año 40 millones de automóviles, cuando la demanda real máxima no supera los 28, es cuando menos una economía obsesiva.»



Tesis, sin embargo, de preocupantes consecuencias morales, en principio, para una cultura del trabajo posiblemente en franca decadencia, al menos por inservible, frente a los problemas actuales. Porque en nuestros sistemas de producción de riqueza, ya no existe prácticamente una relación directa entre las cantidades y calidad de la riqueza producida, y la participación del trabajo humano en ese proceso.

Parece claro que a estas alturas no podemos contentarnos con declarar, como lo hacía Jacques Santer, que la coherencia de nuestro modelo de sociedad está en peligro, lo cual, por otra parte, es absolutamente cierto. Tampoco podemos contentarnos con identificar como "pistas de reflexión" de nuestra responsabilidad social, la remodelación de los tiempos de trabajo, la reconsideración de los contratos laborales, el costo de la mano de obra, o el reciclado permanente, por no citar más que unos pocos de los componentes de la amplia farmacopea que todos los días se nos ofrece. Farmacopea, por otra parte, llena de tecnicismos excesivos, o de obsesiones economicistas sobre la necesidad de crecimiento. Porque una economía que se permite fabricar al año 40 millones de automóviles, cuando la demanda real máxima no supera los 28, es cuando menos una economía obsesiva.

Parece también claro que achacar el desempleo actual al "crecimiento inadecuado durante las pasadas dos décadas", reconociendo, a la vez, que "las políticas de reestructuración pueden conducirnos a una mejor asignación de nuestros recursos, pero que tienen su efecto en el nivel de empleo es muy reducido, supone un reconocimiento de los hechos, y una prevención razonable, pero sigue la línea de un discurso reactivo, sin demasiadas esperanzas.

Porque volver, una vez más, a fraccionar nuestras funciones y tiempos laborales, a repartir el mismo trabajo disponible entre un número mayor de personas, o aumentar la plasticidad o precariedad de esta función social que el trabajo representa, no es otra cosa que seguir considerándolo, como se viene haciendo desde la primera Revolución industrial, como un elemento más de las estructuras de producción de riqueza, lo que, sin embargo, está generando situaciones de pobreza cada vez mayor. Y éste es ya un problema conceptual.

Todo el mundo aboga por la necesidad de realizar grandes reformas. Pero pese al calado de las proposiciones que tratan de flexibilizar la actividad productiva y mejorar la competitividad, como remedios inmediatos a la falta de puestos de trabajo, estas reformas raramente afectan al fondo conceptual del trabajo.

«No parece, pues, oportuno, ni adecuado, abandonarse a la resignación o al fatalismo de los hechos.»



Sin embargo, pienso que de lo que se trata precisamente es de aceptar que puede existir una nueva cultura del trabajo, que sea capaz de ayudar a éste a desempeñar su función primordial de relación y cohesión social, para lo cual, muy posiblemente, necesitemos crear nuevos referentes éticos, y nuevas instituciones de ayuda al mundo laboral, más en consonancia con el futuro y menos apegadas al pasado.

Porque la posición actual del ser humano, sometido a las estrecheces de una cultura del trabajo cada vez menos adecuada a la realidad en que vivimos, es excesivamente incómoda en una sociedad que pretende autocalificarse como sociedad de información y del conocimiento. Aunque nadie pueda ignorar las grandes inercias que sostienen la actual situación.

Y convendría convenir que, dentro de la situación de alta inestabilidad en que se desenvuelven globalmente nuestras actividades, y por encima de las obsesiones sobre crecimiento económico, o sobre oscilaciones pendulares hacia una nueva colectivización social, existe un problema de reconsideración del significado del trabajo, y un problema de restablecimiento de su dignidad cultural.

Porque establecer un nuevo pacto social, redefinir un nuevo contrato laboral duradero, propiciar y favorecer una reforma social, que corrija la "corrupción del capitalismo y la aparición de nuevas desigualdades", parece bastante reduccionista y peligrosamente subjetivo.

Y entregarnos al *laissez faire*, o a un nuevo autoritarismo, es ignorar irresponsablemente nuestra historia. La humanidad difícilmente podría soportar hoy el coste de algunos de los graves errores del pasado. No parece pues oportuno, ni adecuado, abandonarse a la resignación o al fatalismo de los hechos.

Necesitamos por ello, y más que nunca, tener confianza en nuestra imaginación humanista, y comprometernos a debatir sobre nuevas conceptualizaciones, más que desde viejas reivindicaciones. Para ello tendremos que ser más audaces frente a las incertidumbres del futuro, y quizás también, y al mismo tiempo, más respetuosos de lo que estamos siendo con las valoraciones de nuestro pasado.

Es posible que necesitemos también definir nuevas fórmulas de participación en los problemas de la comunidad en la que vivimos. Es decir, crear una nueva cultura, a la vez universalista en su concepto, y más respetuosa con la diversidad, que no con la diferenciación ni con la desigualdad, para permitir que los impulsos morales de solidaridad real no se sientan excesivamente gravados por una intrincada normativa, por el colectivismoburocrático, o por un dirigismo ideológico, sea económico o político. Porque parece que la humanidad

«No podemos continuar viviendo en una cultura del trabajo que frecuentemente olvida que las consecuencias económicas, sociales, morales y políticas de impedir a muchos participar en el sistema productivo, siempre son soportadas por toda la sociedad.»



está preparada para superar las duras servidumbres de una supervivencia basada en el esfuerzo físico. Pero no aparece nada claro que esté preparada para superar sin violencia las viejas estructuras basadas en el poder, y no en la autoridad moral.

Necesitamos pues hacer un enorme esfuerzo de conceptualización, una excepcional toma de posición y aceptación de nuevas responsabilidades, especialmente intelectuales, académicas, universitarias, para evitar los efectos indeseables subsiguientes a una irreflexible aplicación a ultranza de las nuevas tecnologías, servidumbres que podrían llegar a ser mucho más graves que las que generó la Revolución Industrial, y de las que todavía no nos hemos recuperado del todo.

Porque no podemos continuar viviendo en una cultura del trabajo que frecuentemente olvida que las consecuencias económicas, sociales, morales y políticas de impedir a muchos participar en el sistema productivo, siempre son soportadas por toda la sociedad, que tiene que aceptar por ello un costo demasiado alto de su propia razón de ser, la de servir adecuadamente a quienes la formamos.

En todo caso, el trabajo no debería nunca más insertarse en nuestras culturas como una relación de servidumbre, sino como una responsabilidad frente a los demás, y frente a nosotros mismos. Partiendo de un presupuesto elemental: que trabajar es vivir socialmente, aprender cada día sin la angustia de servir para sobrevivir.

Vivir cada día en la confianza de que una nueva cultura del hombre está abriéndose inexorablemente su camino, apoyada en una comprensión de las tecnologías, en las que en el futuro el despilfarro debería soportar las más graves sanciones morales de la sociedad. Es decir, poner las tecnologías al servicio de un nuevo concepto del trabajo, lo que permitiría una orientación más humanista, y su puesta definitivamente al servicio de la humanidad.

En todo caso, es obvio que todo esto requiere, además de reflexión y entusiasmo, abrir un nuevo diálogo social y cultural, mucho más importante y mucho más trascendente que un simple proceso de negociaciones técnicas, más o menos conformistas.

Requiere iniciar un gran debate sobre el propio sentido del trabajo. Sobre su verdadera consideración como valor diferenciador frente a otras especies. Sobre su supremacía frente a otros valores humanos, como el poder, la eficiencia económica, o el milagro tecnológico. Un debate en el que deberá cuestionarse la validez de muchos de los tópicos que hemos heredado del taylorismo o del fordismo. Y también la vigencia y la pertinencia de algunas organizaciones e instituciones que, sustentadas sobre viejos

«Requiere iniciar un gran debate sobre el propio sentido del trabajo. Y también la vigencia y la pertinencia de algunas organizaciones e instituciones que, sustentadas sobre viejos antagonismos o inercias, buscan a veces más razones de poder que razones de entendimiento.»



antagonismos o inercias, buscan a veces más razones de poder que razones de entendimiento.

Y este debate no debería ser provocado desde la irracionalidad de la angustia, ni generar una nueva rebelión de la desesperanza. Porque, entre otras cosas, uno de sus objetivos prioritarios tiene que ser el de alejarnos de la tentación de proclamar de nuevo el retorno a un colectivismo inflexiblemente normativizado u orgullosamente dogmático. Tiene que ser un debate concebido desde la libertad y desde la dignidad.

Y no tanto por razones de filosófico altruismo, o de responsabilidad política, sino como ejercicio frente a la grave situación por la que atraviesa la Humanidad.

Y pienso que, para que sus primeras conclusiones sirvan como punto de partida de una actitud cultural de gran calado, este debate debería iniciarse desde los centros de inteligencia y reflexión, y muy particularmente desde la Universidad. Desde una Universidad menos preocupada por fabricar y controlar titulaciones de empleo, y más consciente de su responsabilidad humanista de diseñadora de futuro de la sociedad.

De una sociedad que necesita volver a tener confianza en su Universidad, en una nueva y renovada Universidad, como garantía de su propia razón de ser, y como referente de su protagonismo cívico. Que le ofrezca nuevos argumentos para comprometerse sin temor con el futuro, rediseñando en lo que concierne al trabajo un nuevo significado cultural. Que es un objetivo de mucha mayor transcendencia que las simples actitudes de eficacia económica, de obsesiva preocupación por producir cada vez más riqueza, a cada vez menor costo.

Entre otras cosas, porque puede resultarnos a todos excesivamente caro no disponer de un referente intelectual, que sea competente, seguro y sereno, innovador y decididamente al servicio de la sociedad. Un referente intelectual que sea capaz de orientarnos hacia el futuro, y de tender firmes puentes de entendimiento y de comprensión sobre la verdadera función y significado del trabajo. Porque carecer de él puede ser excesivamente costoso desde un punto de vista económico, y dramáticamente insoportable desde un punto de vista social. Es decir, puede ser humanamente irresponsable.

Discurso pronunciado el 21 de junio de 1996 en la investidura como Doctor Honoris Causa por la Universidad del País Vasco.